

*unión Patriótica* de Sevilla (1). Es papel bastante candoroso y pobremente escrito, pero del cual pueden sacarse algunas especies útiles para la biografía de Marchena, y sobre todo para juzgar del mal predicamento en que entonces le tenían sus paisanos. Á ello contribuía mucho su calidad de afrancesado, y este punto flaco es el primero en que el impugnador le hiere:

«Esos son los que clavaron el puñal en el seno de la Madre Patria en la aciaga época de la dominación francesa..... Aunque hoy con una falsa hipocresía se ostentan patriotas, su pasada conducta les desmiente..... No han adoptado estos monstruos las ideas liberales sino para desacreditarlas y envilecerlas.....

»El ídolo de la independencia nacional no les devuelve los falsos ósculos con que reconocen al parecer su soberanía, ni tiene por bien expiados sus errores por una débil analogía con el actual sistema.. .. Bien á su costa lo ha experimentado el abate Marchena cuando después de algunos aplausos, hijos del momento y arrancados por sorpresa, se vió confundido y avergonzado por los mismos que antes le celebraban con entusiasmo..... No era ya posible

(1) *Impugnación de la carta del abate Marchena al Excelentísimo Sr. Capitán General y Jefe Político de esta Provincia, D. Juan O'Donojú (inserta en el Diario de Cádiz). Por un socio de la Reunión Patriótica de esta ciudad. Sevilla, impreso por la Viuda de Vázquez y Comp.<sup>ª</sup> Año de 1821. Folleto de 11 páginas.*

á una sociedad que anhelaba por la instrucción y seguridad del pueblo sevillano, poder abrigar por más tiempo un ciudadano de ideas tan heterogéneas y alarmantes, sin arriesgar su existencia misma y autorizar esta dañosa franqueza de hablar en sentidos opuestos á los de la muchedumbre, cuando ésta camina de acuerdo con las disposiciones del Gobierno.»

.....

Entrando el anónimo en el examen del que llama *envenenado papel*, empieza por rechazar el inmodesto paralelo que Marchena hacía entre su persona y la de Juan Jacobo Rousseau, y entre su carta á O'Donojú y la carta del ciudadano de Ginebra al Arzobispo de París con motivo de la prohibición del *Emilio*.

«¿Qué obras pueden igualar á este nuevo autor con aquel célebre filósofo, si ya no es el desenfreno de sus pensamientos é ideas en materias de religión? Sepa el Sr. Marchena que la comparación hubiera sido más propia si se hubiese acordado de Esopo y de sus fábulas, ya que (*aun olvidada la semejanza de su persona*) á este género pertenecen todos los hechos y particularidades que refiere..... ¿Quién ha escrito entre nosotros contra las obras de este autor, cuando no se conocen ni pueden conocerse?.....

»El es un extranjero en su propio país, por los muchos años de ausencia y sus relaciones y enlaces íntimos con alguno de los personajes de la revolución francesa, que nada tiene de común con la nues-

tra, á excepción de los principios generales del derecho de la naturaleza y de las gentes.....»

Sobre la entrada de Marchena en la Sociedad Patriótica, y su expulsión de ella, da estos pormenores:

«Precipitose aquella reunión hasta el punto de creer al ciudadano Marchena muy proporcionado para desvanecer en la muchedumbre las ideas góticas de una educación mal dirigida, y hacerla entrar en los senderos luminosos de nuestra felicidad pública y particular. Pero ¡oh! ¡cuánto se engañó en esta elección, nacida de sus buenos deseos! Á los primeros pasos descubrió este nuevo socio unas ideas que chocaban directamente con las de la Constitución y del Gobierno.

»Pudieran citarse muchos que le oyeron pronunciar con escándalo algunas máximas contrarias diametralmente á la piedad de los pueblos; y alarmó con esta novedad á muchos espíritus incautos, que ó no supieron ó no pudieron discernir entre los sentimientos extraviados del abate Marchena y los puros y razonables de los verdaderos liberales, amantes de su Religión y de su Patria. El mismo discurso que leyó en la tribuna, relativo á la extinción monacal, en medio de los estériles aplausos que arrancó su veloz y rápida lectura, dió muestras inequívocas del poco aprecio que merecía á su autor la Representación Nacional, cuyas decisiones censuraba imprudentemente, para desacreditarla en el ánimo pacífico y sencillo de estos andaluces..... La

Sociedad misma lo creyó así, y no pudo menos de atalayar la conducta posterior de este individuo, á quien desgraciadamente había honrado con la confianza de introducirlo en su seno.

»Se observó con mucho sentimiento que el ciudadano Marchena se habla convertido en un triste objeto de murmuración pública, trascendental entonces al mismo cuerpo que le prestó tan fácil acogida. Los predicadores de la moral evangélica, entre ellos Fray Bartolomé Salado, del orden de San Francisco, tuvieron la imprudencia de citarle nominalmente en el púlpito por un enemigo tan encarnizado de la Religión como del sistema constitucional. Si bien fué muy reparable esta franqueza, la Sociedad no podía ni debía impedirlo..... Un ciudadano que haya merecido siempre alguna opinión de regularidad y acierto en su conducta, puede acaso aventurar alguna proposición que esté en oposición verdadera ó aparente con las ideas comunes, y encontrará acaso docilidad en los ánimos para oír y examinar sus pruebas con detención y escrupulosidad. Pero cuando esta libertad se nota en un hombre nuevo (por decirlo así) entre nosotros, y alimentado en reinos extraños con una licencia nada compatible con nuestras costumbres actuales, toda tentativa es un insulto, y todo extravío de pensamiento arrastra en pos de sí la indignación del pueblo.....

»Este raro suceso acabó de fijar la atención de la Sociedad sobre este individuo, y se vió obligada dolorosamente á expulsarle de su gremio y exigirle el diploma.....

»¿Por qué aspiraba el ciudadano Marchena á que

el Gobierno Político de Sevilla desvaneciese en el pueblo la opinión que le habían acarreado sus imprudencias en los cafés y tertulias, en los teatros y corrillos de todas clases y condiciones? ¿Por qué no usó, como podía, de la libertad de la imprenta para apologizar sus sentimientos, ó más bien para presentarlos en un sentido católico y constitucional, único medio de obtener hoy los sufragios de los liberales prudentes y aun de la muchedumbre? ¿Por qué no hizo una denuncia formal contra el predicador que le injuriaba y en los juzgados señalados por la ley? ¿Quién le ha sugerido que la gobernación política estaba autorizada para proceder de oficio sobre agravios particulares?

.....

»Con estos preliminares no debió parecer importuna la exclusión de este socio, que no observaba las leyes del Estado, ni las del reglamento interior de la Sociedad, y aspiraba á ser nada menos que un dictador absoluto contra todo el sistema establecido para la unión y conformidad de los socios... Fué tal su frenesí de hacer vagar al pueblo por espacios imaginarios y quiméricos, que la Reunión Patriótica tuvo que optar entre ó perder para siempre su crédito, ó ahuyentar de su seno á un individuo que hacia peligrar su existencia.»

El folleto termina con vindicar de los ataques y vituperios de Marchena al general O'Donjú y al ciudadano Codorniu, «*Protomé-dico del ejército constitucional*»; y con echar en cara al Abate sus cuarenta años de expa-

triación voluntaria ó forzada, «bañándose en las delicias voluptuosas de París».

Esta pequeña escaramuza fué quizá el último acto de la agitada vida política de Marchena, que, impopular ya entre los liberales andaluces, pues á los anatemas de la Sociedad Patriótica de Sevilla se habían unido las de Lebrija, Écija y otros puntos (1); denunciado en públicos documentos como sedicioso anarquista por haber dicho en una especie de *meeting* celebrado en el teatro que la patria estaba en peligro y que se requerían enérgicas medidas de salvación, incluso la convocatoria de Cortes extraordinarias, es decir, de una Convención análoga á la de Francia, determinó alejarse de un medio tan inhospitalario para sus ideas, y trasladar su residencia á la corte, como lo verificó á fines de 1820, después de haber pasado una corta temporada en Osuna, al lado de su amigo el médico y diputado á Cortes D. Antonio García, padre de nuestro docto maestro de hebreo D. Antonio María García Blanco, á quien en sus conversaciones familiares oímos más de una vez hacer mérito de la impresión que en su fantasía de niño había hecho la singular persona del abate

(1) *Diario gaditano de la libertad é independencia nacional*, del viernes 5 de Enero de 1821 (citado por D. A. de Castro).

Marchena. En las Memorias que dejó impresas, pero no publicadas ni aun terminadas, dice del Abate:

«Era tan pequeño, que sentado en una silla de la sala de mi casa no le alcanzaban los pies al suelo: fué á casa á despedirse para Madrid, porque siempre fué amigo y de la tertulia de mi padre, con don Manuel de Arjona, Penitenciario de Córdoba, y su hermano D. José, Asistente de Sevilla después, y privado del rey Fernando VII.»

Luego cuenta que en su casa tuvieron disputa el año 8 Marchena y el P. Manuel Gil, de los clérigos menores, y que el segundo no acertó á contestar al primero á pesar de toda su facundia. Pero no puede menos de haber error en la fecha, puesto que Marchena no volvió á Andalucía hasta 1810, y entonces por primera vez pudo conocerle García Blanco, que tenía á la sazón nueve años, lo cual explica la vaguedad y confusión de este primer recuerdo suyo consignado por él en 1887 (1).

Pocos meses de vida restaban á Marchena. No sabemos que publicase ya ningún escrito, á no ser que sea suya, como lo parece por las iniciales y por el estilo, una traducción de la *Vida de Teseo*, según el texto griego de Plu-

(1) *Resumen de un siglo..... Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX.* Por A. M. G. B.... Osuna, 1887, imprenta de M. Ledesma Vidal, pág. 58.

tarco, cuyas *Vidas Paralelas* se había propuesto traducir (según conjeturamos) en competencia con la versión, que entonces empezaba á salir, de D. Antonio Ranz Romanillos. La de Marchena (si realmente es suya, como creemos) no pasó de esta primera biografía.

Sus días estaban contados, y, apenas llegó á Madrid hubo de adolecer gravemente. Sólo así se explica que nunca subiese á la tribuna de la Fontana de Oro, donde se discutían entonces con tanto ó más calor que en Sevilla los actos del general O'Donjú, á quien atacaron reciamente varios oradores, entre ellos Alcalá Galiano, D. Manuel Núñez, D. José Pesino y D. Juan Mac-Crohon Henestrosa, grande amigo de Marchena, á quien acogió en su casa y que en ella murió.

Mac-Crohon es precisamente quien nos ha transmitido los únicos pormenores que tenemos acerca de la enfermedad y muerte del abate Marchena. El pasaje es tan curioso, y tan raro, por no decir desconocido, el folleto en que se halla (1), que no se llevará á mal que le tras-

(1) Le debemos, como tantos otros papeles curiosos, á nuestro amigo Gómez Ímaz. El folleto se titula:

*Refutación de D. Juan Mac-Crohon Henestrosa á la impugnación de varios discursos pronunciados en la Tertulia de la Fontana de Oro de la Corte, escrita en Sevilla por S. A. F. Madrid, en la imprenta de Álvarez, 1821. 4.º 39 hojas.*

lademos íntegro. Contestando Mac-Crohon á los ataques de un anónimo de Sevilla (G. A. F.), que quizá sea el mismo que escribió la impugnación antes citada, dice refiriéndose á su amigo:

«Esta persona, á quien con no menos criminalidad que ignorancia trata de disfamar el folletista, es el digno D. José Marchena, el cual, aunque yace en el sepulcro, vive en la memoria de todos los sabios de Europa, entre los cuales hay quien trabaja con los objetos de dar á conocer á su Patria lo que en su muerte ha perdido, y de que la posteridad le conserve el lugar que no le conservó la Sociedad Patriótica de Sevilla.

» Su singular talento, sus extraordinarios y profundos conocimientos, su mérito literario, su carácter noble y sostenido, lo sólido de sus principios, la rigidez de su conducta y su sublime amor á la libertad, formaban un conjunto admirable que le conciliaba el respeto y veneración de cuantos llegaban á conocerle. Su muerte ha sido generalmente sentida en la corte, y en el discurso de su enfermedad recibió repetidas pruebas del aprecio que no podía menos de tributarse á una persona tan digna. Mi casa no cesó de ser concurrida de personas del mayor carácter y representación, que venían de continuo á saber el estado de su salud: de las cuales la mayor parte no tenían con él otro conocimiento que la noticia de su crédito.

» He querido desahogar mi corazón haciendo este tan breve cuanto justo elogio de un amigo que ha

exhalado sus últimos suspiros entre mis brazos, y voy á dar á su disfamador la contestación que él me dejó encargada pusiese de su parte en este discurso, que ya estaba empezado antes que falleciese.

» Pocos instantes antes del que fué su postrero me llamó, y á presencia del general Quiroga, del Marqués de Almenara, de D. Manuel Cambronero y D. Ramón de Ceruti, me dijo: «Diga usted al » folletista que ha pretendido infamarme, que si » quiere vivir feliz aun en medio de las mayores » desgracias, y descender á la tumba con la serenidad » que yo descendo, que aprenda á ser hombre de » bien.»

» Esta lección moral producida en el crítico período de la muerte, que tan aplaudida fué de los que la escucharon, como admirada de todos aquellos en quienes se ha divulgado la noticia, da la idea más exacta de la rectitud de principios de Marchena y del temple superior de su alma. Su nombre ocupará un lugar distinguido, tanto en la historia política como en la literaria; y los tiros que contra él dirigió la malicia, sorprendiendo la sencillez, si bien surtieron el efecto de herir su amor propio en el hecho que se cita, nunca podrán eclipsar la gloria de su mérito, fundada en bases sólidas é indestructibles.»

Este folleto está fechado en 26 de Febrero de 1821. Muy poco anterior debió de ser la muerte de Marchena, que, como acabamos de ver, no falleció en el abandono y en la indignancia, según generalmente se creía, sino bajo

el techo hospitalario de un fraternal amigo, y rodeado de personas muy distinguidas en aquel tiempo. Lo que no hemos podido averiguar á ciencia cierta, es si murió dentro ó fuera del gremio de la Iglesia. No faltan biógrafos que den por averiguada su conversión: yo ni la afirmo ni la niego, pero la encuentro verosímil. Consta por una nota autógrafa del diligentísimo D. Bartolomé J. Gallardo que los funerales del abate Marchena se celebraron en la parroquia de Santa Cruz, costeados por Mac-Crohon, y asistiendo á ellos el referido Gallardo, que apuntó la noticia como lo apuntaba todo. El hecho de haberse dado sepultura eclesiástica á un heterodoxo público y escandaloso como Marchena, y haberse celebrado oficios por su alma, parece una prueba indirecta de que se reconcilió con la Iglesia en sus últimos momentos. Por otra parte, la impenitencia final es rarísima entre españoles, y en tiempo de Marchena lo era mucho más.

Nada sé tampoco de los discursos que se dice que algunos afrancesados pronunciaron en su entierro.

Quizá en los periódicos de aquel tiempo, que no me es fácil repasar ahora, podrá encontrarse algún vestigio de ellos. Ya por entonces comenzaba á introducirse en España esta pagana y escandalosa costumbre de los discursos funerales, que por entonces arraigó poco, pero que

más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda, de Quintana, sin contar otros más recientes y en su línea no menos famosos. Por fortuna, ahora está otra vez olvidada, y nadie piensa en restablecerla, lo cual prueba la formalidad intrínseca de nuestro carácter nacional, que no admite bromas con la muerte. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, es lo que reclaman los difuntos, á quienes poco puede aprovechar semejante garrulería si se cumple en ellos la terrible sentencia: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

Marchena legó, al morir, sus papeles y libros á su amigo Mac-Crohon. Si, como creemos, existen descendientes de este caballero, no debemos perder la esperanza de que algún día aparezca, en todo ó en parte, esta herencia literaria, que pudo ser muy valiosa si en ella se inclufan, por ejemplo, la traducción completa de Molière y la historia del teatro español que Marchena tenía proyectada en 1819, según indica en el prólogo de sus *Lecciones* (1).

(1) «No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; acaso, si gozamos más larga vida, desempeñaremos esta tarea en una obra que tenemos meditada: el plan de este discurso no nos permite más que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta materia. Consideren nuestros lectores lo

Por las vicisitudes de su errante vida, otros escritos suyos hubieron de quedar dispersos por varias partes de España y Francia. Aun no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Meléndez Valdés se conservaba en poder de Mr. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble.

Hoy se ignora el paradero de este escrito, que probablemente hubiera sido curioso, porque Marchena trató muy íntimamente á Meléndez antes y después de su emigración, y con su genial franqueza consignaría acaso pormenores que Quintana omitió en la biografía de su maestro.

Tal fué Marchena, á quien acaso nadie ha definido mejor que Chateaubriand, llamándole «sabio inmundo y aborto lleno de talento». Propagandista de impiedad, con celo de misionero y de apóstol, corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo, sectario intransigente y fanático, estético tímido y crítico arrojado, medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase á simular la inspiración á fuerza de terquedad y de artificio,

---

que vamos á decir como aquellas proposiciones de óptica, de mecánica ó astronomía donde da un autor los resultados de sus arduos y prolijos cálculos sin corroborarlos con las demostraciones en que los funda, y que suponen la resolución de dificultosas ecuaciones diferenciales y el uso más expedito del cálculo integral.»

acerado polemista político, prosador desigual, aunque jugoso y de bríos, hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones, enamorado de sí propio, henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á los autores más diversos: á Benito Espinosa, al divino Herrera, á Catulo ó á Petronio (1). El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremo, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡ay! á tantas otras brillantes meridionales!) algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia

---

(1) *Il fut versé dans toutes les connaissances de notre époque, cultiva la littérature et la poésie, mania en maître plusieurs langues vivantes et anciennes; et tour à tour, continuait Spinoza, Sainte Thérèse de Jésus ou ce Pétrone qu'il cite. (Maury, Espagne Poétique, Paris, 1826, t. I, página 363.)*

diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.

Para completar el retrato de tal personaje, que en lo bueno y en lo malo rebasó tanto el nivel ordinario, añadiremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas (1). Cínico hasta un punto increíble en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. Durante una temporada llevó en su compañía un jabalí que había domesticado y que hacía dormir á los pies de su cama; y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido, le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí

(1) *Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure* (dice el autor de la noticia de Marchena en la *Biographie Moderne, ou galerie historique* de Michaud, París, 1816).

*Ce petit homme, haut de quatre pieds et demi, laid, difforme et grotesque, a la figure de satyre, aux cheveux crépus, au teint de bistre, au sourire libidineux....* (dice el bibliófilo Jacob [Paul Lacroix] en la noticia adjunta á la reimpresión del *Fragmen um Petronii*).

«Físicamente era chico, casi contrahecho y feo.» (Carta de D. José de Lira al Sr. de Cueto.)

y á los postres les leyó el epicedio (1). A pesar de su fealdad y de su ateísmo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances ridículos y á veces sangrientos (2).

Todas estas y otras extravagancias que aquí se omiten prueban que Marchena fué toda su vida un estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Y con todo, había en su alma cualidades nobles y generosas. Su valor rayaba en temeridad, y le tuvo de todos géneros, no sólo audaz y pendenciero, sino, lo que vale más, estoico y sereno. En sus amistades fué constante y fervoroso hasta el sacrificio, como lo mostró compartiendo la suerte de los

(1) Carta de D. José de Lira, y noticias de D. Serafín Estébanez Calderón, comunicadas al Sr. de Cueto.

(2) *Marchena était bien capable d'en rémontrer à Pétrone et de lui apprendre des mystères d'impureté, inconnus même aux anciens* (¡qué atrocidad!).... *Aimait prodigieusement les femmes, et se vantait de savoir s'en faire aimer.... Il affichait, d'ailleurs, avec un abandon qu'il voulait rendre gracieux, la plus ébouriffante immoralité: on ne devait donc pas s'attendre à lui voir publier des «Leçons de philosophie morale!» Il avait composé des ouvrages d'un tout autre style, mais il ne les publia pas, et il se contentait de les lire, «inter pocula», à ses amis qui admiraient son génie sotadique.* (Noticia unida al *Fragmenum Petronii*. Algo más dice el autor; pero no nos parece bien transcribirlo ni aun en francés.)



girondinos, con quienes sólo le ligaba su agradecimiento á Brissot. En materias de dinero era incorruptible y cumplía al pie de la letra con la austeridad republicana, que tantos otros traían solamente en los labios. Cuando, en tiempo del Directorio, se enriquecían á río revuelto todos los que iban con algún oficio ó comisión á las provincias conquistadas, Marchena, recaudador de contribuciones en el territorio ocupado por el ejército del Rhin, volvió á París tan pobre como había salido, lo cual, sin ser gran hazaña, pareció increíble á mucha gente: tal andaba entonces la moralidad administrativa.

Cuantos trataron á Marchena, fuesen favorables ó adversos á sus ideas, desde Brissot hasta el Conde de Beugnot, desde Chateaubriand y Mad. de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel buscarruidos intelectual algo que no era vulgar y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos. En el siglo xvii quizá hubiera emulado las glorias de Quevedo, con quien le comparó Maury, y con quien no deja de ofrecer remotas analogías por la variedad de sus estudios, en que predominaba la cultura clásica, por su vena sarcástica, por los caprichos de su humor excéntrico, por lo vagabundo de su espíritu, por la fiereza y altanería de su condición, y hasta por los re-

vueltos casos de su vida. Pero no conviene llevar más adelante el paralelo, porque sería favorecer demasiado á Marchena. Quevedo pudo desarrollar completamente su genialidad en un medio adecuado á ella y hasta las trabas que encontró le sirvieron para saltar con más fuerza. Por el contrario Marchena, nacido y educado en el siglo xviii, sin fe, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que se adquiere con falsificaciones literarias ó en el estruendo de las saturnales políticas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO